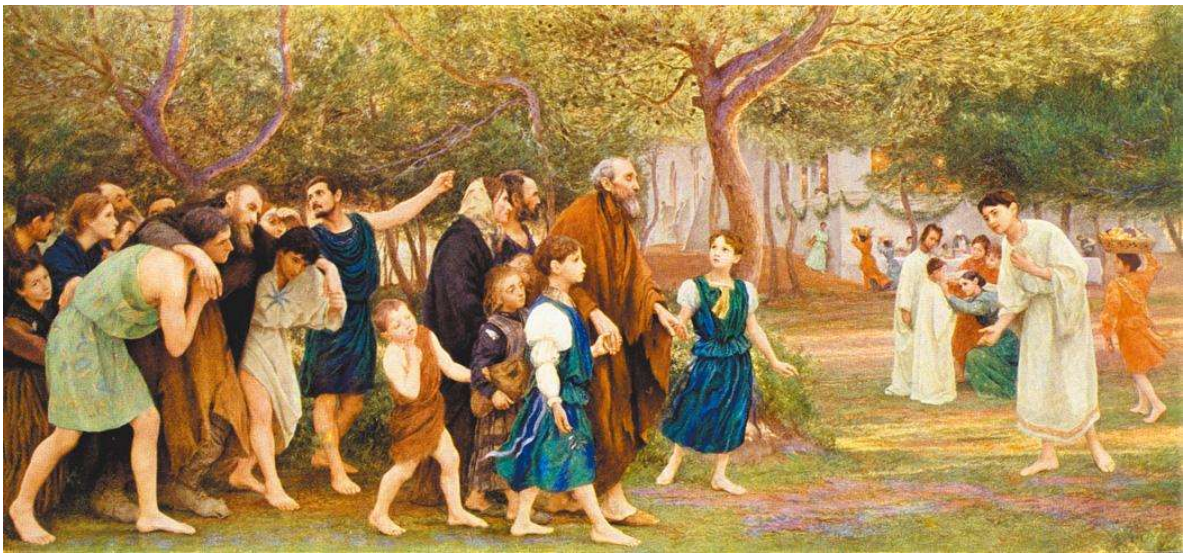
Domingo XXVIII – Invitados al Banquete del Reino

Hoy meditamos la parábola de los invitados a la Boda, que tiene ciertas semejanzas con la "parábola de los viñadores homicidas que meditamos el domingo pasado. Un rey celebra las bodas de su hijo y envía a sus servidores a llamar a los invitados. Pero aquí comienzan las sorpresas. Ante todo, los invitados no quieren ir. El rey, sin embargo, insiste enviando servidores con un mensaje cada vez más apremiante, cada vez más parecido a un ruego, mientras que los invitados, por su parte, se oponen de un modo cada vez más obstinado y violento. Hasta que el rey, encolerizado, los destruye e invita a otros en su lugar. La parábola continúa, pero nos detenemos aquí para poder concentrar nuestra atención en la invitación del rey y el rechazo de los destinatarios.



Eugène Burnand — La invitación al banquete (1899)

Nos es difícil comprender la situación porque hoy seguimos pautas sociales diferentes. Nos sentimos con derecho a rechazar invitaciones, por importantes que sean, sin tener que dar explicaciones. Pero el contexto cultural de este relato es otro: un rey era un personaje casi divino, sus deseos eran órdenes y sus invitaciones eran imperativas; las bodas del hijo sería no sólo evento familiar sino algo de trascendencia pública, referida a la continuidad del reino; y la invitación a participar de la intimidad del rey sería el mayor motivo de honor, en una cultura que estaba centrada, precisamente, en el honor.

Por eso, si ya de por sí el rechazo de los invitados es una afrenta a la majestad real y una muestra de enorme ingratitud, lo es más aún si consideramos sus razones: quieren seguir con sus negocios y asuntos, que podrían haber postergado sin dificultad. Hasta tal punto se han encerrado en su pequeño mundo, que no tienen tiempo, interés o disponibilidad para pensar en la invitación del rey. Esa invitación podría haber expandido sin límites el horizonte tan estrecho de sus vidas, pero se oponen violentamente. El "castigo", en ese contexto, es una manera de expresar que ese rechazo no era un error incidental, sino que con él están arruinando definitivamente sus vidas.

En conclusión, lo que caracteriza a los invitados, no es tanto maldad (como en el caso de los viñadores) sino la necedad, la falta de sabiduría llevada al extremo, una pérdida de contacto con la

realidad, que los lleva a la irracionalidad y la violencia. Pero deberíamos preguntarnos: ¿podemos incurrir también nosotros en ella?

El significado de los diferentes elementos de la parábola es claro: el rey es Dios; las bodas del hijo es una referencia a Jesucristo y al banquete del Reino, la vida eterna, simbolizada en la primera lectura como un banquete de todos los manjares imaginables, ofrecido por Dios mismo a todos los hombres de un modo completamente gratuito, y que representamos sacramentalmente en cada Eucaristía.

Estas imágenes expresan que el Evangelio no es sólo una doctrina a la cual debemos asentir, ni una serie de normas conducta que debemos seguir, ni un conjunto de prácticas rituales que debemos observar: es ante todo una gracia inmerecida, por la cual Dios me invita a mí, personalmente, a participar de su propia bienaventuranza, ese banquete de incalculable abundancia que contiene todo lo que constituye la verdadera felicidad. Y Dios me llama a participar de él con un amor insistente, apremiante, apasionado. Se trata sin duda del acontecimiento más importante de mi vida.

Pero nosotros podemos recibir la invitación de Dios con indiferencia y rechazarla, por estar demasiado absorbidos por nuestro pequeño mundo, el de nuestros “negocios”. Eso es lo que podemos denominar la vida “mundana”, que no es necesariamente perversa o materialista: puede ser honesta, laboriosa, puede incluir afectos, amistades, cultura e incluso religión, pero solo en la medida en que no nos llevan más allá de lo que se ve, lo que se toca, lo que se puede controlar o gestionar, una vida confinada en el horizonte de este mundo. Y tal es, precisamente, la esencia de nuestro ser pecador, la de ser capaces de decir que no a Dios.

El Evangelio es el llamado con el cual Dios quiere liberarnos del peligro de ese encierro fatal y, si lo rechazamos, nuestra vida no quedará igual: será cada vez más estrecha, más pobre, más asfixiante y, paradójicamente, intentaremos defenderla cada vez con más obstinación frente a Dios. En tal caso, nuestro “castigo” no será otra cosa que la consecuencia de nuestra necedad.

Seguramente, los invitados reacios, con su lógica mundana, creían estar obrando de un modo perfectamente racional, pero la parábola los contempla desde una perspectiva superior, la del rey que los invita, poniendo de manifiesto la necedad de su rechazo. También nosotros podemos vivir tan encerrados en nuestros asuntos que no tomemos en serio la gracia insondable de ser “los invitados a la Cena del Señor”.

P. Gustavo Irrazábal

11-10-2026